

# LA PEÑOLA,

## SEMENARIO CIENTIFICO Y LITERARIO.

DIRECTOR, DON LEON FARRILLO DE ALBORNÓZ.

**PRECIOS DE SUSCRICION EN VALLADOLID.**

Trimestre. . . . . 9 rs.

**FUERA DE LA CAPITAL.**

Trimestre. . . . . 11 rs.

**PUNTOS DE SUSCRICION.**

En la Administracion del periódico, calle del Prado, núm. 40.  
bajo, y en las principales librerías de esta Capital.  
Toda la correspondencia dirigirla a nombre del Administrador  
DON ENRIQUE FERNANDEZ GUILLEN.

SUMARIO.—«Accion de la luz sobre el imperio orgánico,» por Luis G. Frades.—«La esperanza,» por Julio Barbás y Perez.—«Crónicas madrileñas,» por Jesús Cencillo.—«La Mascarada,» (continuacion) por José de Castro y Serrano.—«Efectos raros,» por Tomás Asensi.—«Por una bota,» (continuacion) especie de novela, por Jacobo Fernandez Brizuela.—Plumadas =Charada =Fuga de vocales y consonantes.—Salto de caballo.—Soluciones del número 14.

### ACCION DE LA LUZ SOBRE EL IMPERIO ORGÁNICO.

¡Qué espectáculo más magnífico el que se ofrece á nuestra vista, en el momento que la luz esparcida al rededor de nosotros vá á animarse con la presencia del sol, disipando las tinieblas de la noche, y al abrirse insensiblemente nuestros ojos cerrados por un sueño benéfico, se pasearán con gusto por todo cuanto nos rodea! Podríamos decir entonces, una nueva creacion se engendra, pues á medida que aparecen los objetos, parece que renacen; pero segun se aumenta el brillo de la luz todo lo más distante, se acerca por hacerse mas visible; nuestro dominio se estiende, se multiplican los placeres, y con ellos la existencia se desliza dulcemente.

La tierra se adorna de colores brillantes y su belleza alumbra nuestros ojos, en el instante que el astro de la luz, el rey de la naturaleza, se lanza rápidamente del Oriente, y se eleva sobre nuestra humilde morada: los animales salen de sus albergues para gozar de sus primeras influencias; las plantas, antes sumergidas en un verdadero sueño, despiertan del letargo, se enderezan sus tallos, se abren sus flores, y sus hojas exhalan la atmósfera de aromas vivificantes que purifican la tierra, interin el tostado labrador entona sus cantares al compás del monótono ruido que produce el tosco arado al rozar sobre la tierra, que espera dar el fruto del trabajo de éste, y de la benéfica influencia de aquel.

No es sola la materia viviente en los animales

y vejetales la que siente los efectos de la luz; aun la materia inerte recibe una especie de existencia en las diversas combinaciones de que es susceptible, pues como la luz tiene la facultad de penetrar los cuerpos que toca, de producir en ellos calor, y desenvolver el que estaba amortiguado, dán lugar á mil fenómenos, y se puede decir que existe en la naturaleza una accion y reaccion perpétua, entre los cuerpos que participan de su impresion.

Todo lo que tiene un principio de vida parece que necesita absolutamente de la luz, para existir en estado de salud, para llenar las funciones necesarias á la vida, y cuantos seres vivientes están privados de ella, experimentan bien pronto una alteracion sensible. Aquellos animales cuya naturaleza es vivir en la oscuridad y lejos de la luz, no están sujetos á la verdad á tantas alteraciones; pero en su porte y en su color, anuncian que han sido condenados á una noche eterna. La claridad del día les fatiga, su aspecto triste, su carácter silvestre, su vestido variado de colores sombríos, parece que les atrae con razon el ódio de los demás animales, y son para ellos como para el hombre, indicios de mal agüero.

Los que al contrario, han nacido para la luz, si algun accidente les priva de ella por algun tiempo, se apodera la languidez de su sér, la circulacion de los humores se amortigua, se altera el principio de la vida, y en fin, una enfermedad que indica el desórden orgánico. ¿Las enfermedades que contraen los presos en los calabozos, no podrán atribuirse junto con la humedad y el mal aire á la privacion de la luz?—Llevemos más adelante nuestras observaciones, y acaso nós asombraremos de las pasmosas señales de la influencia de la luz, tanto sobre los animales que nos rodean, como sobre nosotros mismos, sin que hayamos reflexionado sobre ello jamás.

La piel del hombre, este delicado tegido cubierto solamente por una ligera película llamada *epi-*

dermis, parece muy susceptible de alterarse cuando está espuesta largo tiempo á la accion de la luz.

En efecto; vemos que la piel del rostro, de las manos y de cuantas partes no están habitualmente vestidas, toman un color moreno y oscuro y pierden insensiblemente la suavidad y blancura que hacía todo su mérito en la flor de la juventud. Esta alteracion, no se detiene en la epidermis, sinó que pasa adelante y afecta tambien al tegido de Malpigio, como nos lo hace ver el microscopio.

Las gentes del campo y cuantos se esponen al sol por largo tiempo, tienen la cara y las manos morenas, y como quemadas, los europeos que dejan estos climas templados por ir á habitar las zonas ardientes de la India ó de la América, pierden su blancura. Esta degradacion no solamente se perpetúa, sinó que se aumenta de raza en raza: y ¿quién sabe si acaso será la causa original del color negro de ciertos pueblos?

Reflexionando sobre el modo con que las plantas se colorean, se verá que se puede con facilidad aplicar á la coloracion accidental de la piel del hombre, penetrando la luz como principio ácido por la epidermis, hasta el tegido de Malpigio, y la parcuquima, y que hace entrar en fermentacion el jugo en que se halla empapado: del grado de fermentacion resulta el de alteracion; y de este último, el nuevo color que aparece por entre la epidermis. Pocas son las observaciones hechas hoy dia sobre la accion de la luz en los animales; sin embargo, citaremos algunas que nos servirán para ponernos en camino de hacer otras.

Es constante que las pieles de los animales y la pluma de los pájaros, están pintadas con los colores más vivos y risueños con los que están alumbrados por un sol sin celages en las regiones constituidas bajo la zona tórrida, y cuanto más nos alejamos de estos climas acercándonos á las regiones polares en donde unas noches dilatadas privan á la tierra de la benigna influencia de la luz, toma el animal un color pardo y blanco; las tinieblas de una noche de seis meses afectan de tal modo á ciertos animales que cambian absolutamente de color, y se ponen blancos durante esta época rigurosa para recuperar su adorno primero, luego que el sol aparece sobre el horizonte. *Schele* cita un hecho más admirable y más directo del efecto de la luz sobre la *Nereis Palustris*, la cual dice es roja cuando vive al sol, y blanca en la oscuridad.

Como las producciones animales, por lo comun más útiles que los animales mismos, han sido mucho más estudiadas y se ha descubierto muy pronto que la luz las afectaba sensiblemente, la industria humana ha sabido aprovecharse de esto de tal modo, que los chinos blanquean su seda esponiéndola al sol, y nosotros hacemos otro tanto con la cera, sebo y los tegidos de cáñamo y lino.

El líquido de ciertos animales, blanco cuando circula en sus vasos, se enrojece inmediatamente que se le pone en contacto con la luz, tal es de ciertas ostrás que se encuentran á las orillas del mar y de que los antiguos habitantes de Tiro se valían para teñir sus telas de púrpura.

Veamos ahora la accion, diestro agente en los vegetales. Hasta hace pocos años no se habian ocupado sériamente en estudiar los efectos de la luz sobre los individuos del reino vegetal y la enfermedad de las plantas, conocida bajo el nombre de ahilamiento, ha sido la que principalmente ha llamado su atencion; hemos entrado hoy en algunos pormenores acerca de semejante enfermedad, y no se ha reconocido otro origen, segun los estudios de *Mene y Bonnet*, que es la privacion de la luz.

Despues de Auhamel y los últimamente citados, dos ilustres observadores han seguido la marcha de la luz y sus efectos sobre las plantas. El primero es el abate Tessier, tan conocido por sus diversos trabajos agrícolas; el otro es Senebier de Ginebra, á quien la fisica y la química deben muchas observaciones importantes. Vamos, pues, aquí á presentar el extracto de sus trabajos.

Queriendo el abate Tessier asegurarse hasta qué grado buscaba las plantas la luz, y si su inclinacion hácia ella se verificaba con la superficie de la tierra en los aposentos que tenían más ó menos luz y en los lugares oscuros, donde no penetra la luz, mas que por un solo parage; si esta inclinacion variaba, segun el modo en que las plantas eran heridas, y segun la época de su vejetacion, en fin, si esta preposicion era la misma, y qué modificacion experimentaba con una luz directa ó reflejada por la luz del dia, ó por la luz artificial, ha hecho, digo, un gran número de experimentos, variándolos de mil modos, esponiendo tallos de trigo sembrado en macetas, unas veces más ó menos oblicuamente á una ventana, otras sobre una chimenea delante de sus pilastras ó de un espejo; unas veces, cortando los tallos ya inclinados, para ver si los nuevos hijuelos se inclinaban del mismo modo y otras alumbrando con una vela ó con la luz reflejada de los espejos, várias plantas encerradas en una cueva.

LUIS G. FRADES.

(Se continuará)

## LA ESPERANZA.

Árido y fatigoso es el camino de la vida; pero como en todo desierto hay un oasis, tambien la humanidad lo encuentra en su jornada. Este oasis es la esperanza.

Sin ella no sonreiríamos nunca, sin ella encontraríamos siempre un más allá fatídico, un porvenir más terrible aún que la realidad, y veríamos el mundo bajo un prisma todavia más sombrío que el de los desengaños.

Balmes dijo que la religion es la esperanza, y este paralelismo del gran filósofo, es una de las apoteosis más sublimes de ese báculo de la vida como se la ha llamado tambien.

Efectivamente; la esperanza es el consuelo, es la fé, es la religion, es la ayuda de nuestra existencia, es la compañera inseparable que nos sigue hasta el sepulcro.

Y esto es cierto, innegable, fijo: esto lo podeis comprobar siempre y es demostrable en cualquiera de las manifestaciones de la vida.

Y sinó, mirad esa madre.

Ahí la teneis transida de dolor. Sus lágrimas riegan la cuna de su hijo, sus abrasados ojos están fijos en el semblante de aquel pedazo de su alma que bate las alas para abandonar la vida.

¡Pobre madre! Qué dolor podrá igualarse al suyo?

Sin embargo, de pronto seca su llanto, sus ojos se elevan al cielo en ademan de súplica, sus lábios comprimidos llegan á modelar una sonrisa y una idea consoladora cruza por su mente.

Es la esperanza que viene á sostenerla, es la esperanza que la dice que su hijo sanará y que volverá á gozar con sus caricias.

Otro ejemplo:

¿Habéis visto alguna vez ese bárbaro castigo llamado una ejecucion?

Pues bien; recordad al desdichado que envuelto en una hopa amarilla camina con paso tardo al patíbulo, apretando entre sus manos la imagen del Redentor.

Su última hora se acerca; los latidos de su corazón cuentan los segundos de la vida que le resta, y sin embargo, aún abriga en su pecho la esperanza; aún cruza por su mente la idea de que un indulto le libre del tablado fatal, y aun en sus últimos momentos tiene una esperanza; la más hermosa de todas ellas, la de Dios.

Ejemplos todavía más frecuentes aunque no tan terribles, nos salen tambien á cada paso con motivo de los bienes de fortuna. El propietario, el opulento banquero, el acomodado comerciante y el modesto empleado, tienen una época en su vida en que las circunstancias le sumen en la miseria. Entonces en vez de entregarse al abatimiento y de dar en su pecho cabida á la desesperacion, la esperanza se cobija en él, y con el sudor de su frente repara su fortuna átomo por átomo y dia por dia, hasta que vé realizados sus sueños, y contempla á sus hijos adorados libres de la miseria en que le dejaron los azares de la suerte.

Mirad tambien al mendigo miserable. Sus araposos andrajos apenas bastan á cubrir su desnudez; tiritando de frio y torturado por el hambre pasa las terribles noches del invierno tendido sobre un húmedo monton de pajas. ¿Véis como sonrie en medio de su desgracia? Pues no os estrañeis, porque la esperanza le grita que llegarán dias mejores en que temple su sed, mitigue su hambre y cubra su desnudez.

Y todo esto tal vez no se realiza, tal vez no tiene siempre su parte de verdad. Pero ¿qué importa si proporciona momentos de alegría y de consuelo, haciéndonos de este modo más llevadera la vida?

Por desgracia hay tambien ocasiones en que falta la esperanza á algunos desdichados. Y sabeis lo que sucede? Pues oidlo.

La vida tiene que serles insoportable; la amistad la niegan, el amor lo escarnecen, las ilusiones no

existen, dudan del bien y no teniendo ni religion ni fé, concluyen por acabar con su existencia.

¡Ah, sí! el suicida es el único que no dá cabida en su pecho á la esperanza. ¡Desdichado de él! Compadezcámosle porque no contando con ese consuelo y ese báculo, no es posible que concluya de otro modo su peregrinacion sobre la tierra.

JULIO BALBÁS Y PEREZ.

## CRONICAS MADRILEÑAS.

### III.

SUMARIO.—*Política y tormentas.—Toros. Revista de la corrida.—Un trueno y un rayo.—Muerte del Abuelo.—Teatro del Retiro.—Circo de Rivas.—Cancan á la alla escuela.—Paliza inesperada.—Silba de revancha.—Un chiste.—Concierto en ciernes.—Apolo.—Dos muertes sensibles.*

Madrid 16 de Junio de 1874.

Hoy nada se sustrae á las influencias de la política; pues es tanto su poder y tan vasto su dominio, que puede decirse que hasta ha llegado á señorearse de la naturaleza.

Si frecuentes crisis se observan en las esferas gubernamentales, aún más frecuentes las hay en las altas regiones atmosféricas. Aquellas, por lo comun, se resuelven en secretos conciliábulos, y poniendo en juego toda clase de resortes que hagan más eficaces los misteriosos cabildeos que tienen lugar cuando llegan tales circunstancias. Las crisis atmosféricas vienen á hallar término y fin encendiendo fugaces *luminarias*, y disparando *tremendas salvas* que ponen en consternacion el ánimo de las personas timoratas, las que se ven obligadas á encomendarse á Santa Bárbara bendita.

No de otra suerte sucedió el jueves, aunque no terminada la corrida de toros que, á causa del tiempo, dejó de verificarse el anterior domingo. Muchos dias antes de la funcion se agotaron los billetes, habiéndose espedido á un precio exorbitante por los revendedores, y eso que la Diputacion provincial era la encargada de la venta con motivo de destinarse los productos de esta corrida extraordinaria á favor de la beneficencia de la provincia.

Muy felices, á no dudar, se las prometerian los aficionados á este espectáculo, cuando con tal ahinco eran buscados los billetes, sino es que por ejercitar la santa virtud de la caridad lo hacian. El bello sexo estaba representado por elegantes damas de la alta sociedad madrileña, y esto ciertamente no contribuía poco á dar realce y esplendor á la fiesta.

Solemne chasco se llevaron los que habian creido que la tan decantada corrida sería de las más notables de la temporada; pues sobre dar poco juego el ganado, los diestros estuvieron tan desacertados, que no recogieron sinó una gran cosecha de... silbidos. A Villaverde tuvieron que *echarle* un bicho al corral, haciéndose digno de lo propio el célebre Lagartijo, si bien á este se le relevó de tan

señalada *dignidad* por consideraciones fáciles de comprender. De los 8 toros que estaban anunciados solo 7 pudieron lidiarse, á consecuencia de tender la noche su fúnebre manto (como diría un novelista), y de sentirse ya los preludios de la tormenta, que poco despues habia de descargar con una fúria verdaderamente aterradora.

Por espacio de diez minutos estuvo cayendo piedra del tamaño de una avellana; y sonó un trueno tan espantoso, que la *trompa de Eustaquio* llegó á resentirse de veras. Una exhalacion cayó en el Retiro, y derribó un árbol que era conocido por el nombre de *El abuelo*, á causa de su longevidad. Sin duda le habrá sido más grato morir de esta suerte, tronchado por el fuego del cielo, que no del modo que tendria reservado la ilustre corporacion que preside el tan asendereado marqués de Sardoal; esto es, á impulsos del hacha devastadora.

Y ahora que del *Retiro* he hecho mencion, os diré, benévolos lectores, que anoche, segun anuncié en mi anterior revista, inauguró sus funciones con la muy aplaudida zarzuela en dos actos, *El Marqués de Caravaca*, y la en uno que se denomina *Tecla*. Durante el dia hizo verdadero calor; pero por la noche reinaba ya un ambiente muy desapacible, lo que fué causa de que los Jardines no estuviesen todo lo animados que fuera de desear. Está visto; tan inestable es ahora la temperatura, como nuestros hombres políticos de hoy.

Forman parte de la compañía de zarzuela, entre otros buenos actores, la Sra. Perlá, y los Señores Fernandez, (D. Maximino) Carceller, Zamacois, etc., etc. Si el tiempo se serena del todo, es seguro que los *Jardines del Retiro* se verán este año concurridísimos.

En el *Circo de Rivas* ocurrió noches pasadas un incidente sumamente desagradable. Acabábase de representar el baile, nuevo en Madrid, pero ya visto con éxito en los principales teatros de Europa, cuyo titulo es: *Los dos socios*. Finalizan el tal baile con un *can-can*, en el que se visten de largo las bailarinas que lo desempeñan. Pidióse por una pequeña parte del público la repetición del *quadrille*, lo que se efectuó entre las protestas de la concurrencia. Con este motivo, y cuando de ningún modo podia esperarse, penetraron en la sala algunos hombres provistos de garrotes, que se lanzaron contra los espectadores que de un modo más expresivo manifestaron su desagrado. Uno de los agresores, que fué detenido por el Secretario del Gobierno civil, Sr. Garcia Andorra, que se hallaba en el teatro, parece ser dependiente subalterno del mencionado coliseo. La empresa dirigió al dia siguiente un manifiesto al público, sincerándose de semejante escándalo, y por la noche volvieron á representarse *Los dos socios*. Durante su ejecucion, los espectadores obsequiaron á todos los artistas con ramos de flores, y les prodigaron una multitud de aplausos, con lo cual querian evidenciar que, sus protestas de la noche anterior, no reconocian otro móvil que su disgusto hácia el baile que se representaba, como tambien vino á probarlo á su terminacion el estruendo de los 300 ó 400 pitos que

empezaron en un momento dado á atronar el espacio con sus discordantes sonidos.

La noche en que por última vez se representaron *Los dos socios*, un caballero se aproximó al despacho de billetes.

—¿Qué desea V.?—le preguntó el dependiente.

—Una butaca sin opcion á paliza.

Segun anuncian los carteles, muy en breve se volverán á poner en escena el gran baile titulado *Brahama*.

Tambien en los *Jardines del Retiro*, si el tiempo no lo impide, tendrá lugar mañana miércoles el primer concierto de la temporada, bajo la direccion del reputado maestro Sr. Oudrid.

En Apolo se ha puesto en escena á beneficio de la eminente Matilde, el notable drama de Rubí *Borrascas del corazon*, y mañana, tambien á beneficio del reputado actor Sr. Vico, se representará la popular obra *Guzman el Bueno*, del inolvidable Gil de Zárate. De esperar es que haya un lleno completo.

Voy á daros cuenta, y concluyo, de dos muertes acaecidas recientemente, y que son deplorables de todas veras. *Larming*, el autor del libro *Mugeres del Evangelio*, que en mi crónica pasada os encomiaba, aunque nunca como debia en justicia, se ha suicidado en la fonda en que vivia, disparándose un rewólver, cuyo proyectil le ha atravesado las sienas. Se ignora el motivo que le indujera á semejante atentado. ¡Dios le acoja en su seno.

Un probo é inteligente empleado del Tesoro ha muerto, víctima de la hidrofobia, uno de estos dias pasados. El Ministro del ramo, ha dispuesto que el funeral se costee por cuenta del Tesoro, y además en la Direccion en que prestaba sus servicios se ha abierto una suscripcion á favor de su desgraciada familia. Parece ser que otros dos Ministros la han visitado, con objeto de aliviar en algo su penuria.

JESÚS CENCILLO.

## LA MASCARADA.

NOVELA.

por D. José de Castro y Serrano.

I.

(Continuacion.)

—¿Qué la diré? murmuró el mozo. Lo mejor será preguntar por mí mismo, que en cuanto ella oiga mi voz mandará abrir.

—Dí, hermosa muchacha, exclamó el capitán con aire de franqueza; ¿es aquí donde vive el teniente Alvarez? Las dos charreteras que llevaba no eran sin duda alguna de capitán.

—Aquí vive, contestó la muchacha.

—Esto es hecho, dijo para sí el teniente frotándose las manos: buena mañana se nos prepara. Pues abre, prenda mia, que espera y lo esperan...

La criada abrió en efecto y suplicó al señor militar que aguardase un momento mientras pasaba recado á su amo.

—¡Bien dicho, prenda! exclamó Alvarez dando á la muchacha una palmadita en el hombro; esto se llama una mozuela lista. Mira, dile que no se ande con cumplidos.

La chica se encojió de hombros y desapareció: un instante despues mandó entrar al desconocido en el gabinete de su amo.

Fácil será hacerse cargo de la sorpresa del mozo; cuando en vez de la dama, para quien poco há daba el encargo que ya antes hemos escuchado, se encontró con un hombre como de sesenta años, de rostro grave, de continente poco afectuoso, y que lejos de haber pensado andarse con cumplidos, se abotonó el saco que tenia puesto, y dejando su asiento encaróse con el capitán para decirle:

—Yo soy el teniente coronel Alvarez, ¿qué se le ofrece á V.?

## II.

Por poco lince que sea el lector (y nosotros le hacemos todo lo contrario) ya habrá podido formarse una ligera idea del carácter de las personas con quienes le hemos puesto en conocimiento. Si algo le falta aún, vamos á satisfacer su curiosidad.

El capitán Alvarez, teniente efectivo de un regimiento de lanceros, acababa de cumplir veintisisiete años. Tenía una talla extraordinaria, era recio de carnes, blanco de cutis, rosado de color, vivo de ojos, sonrisa maliciosa, desvergüenza inaudita, una espada tan larga como la que más, y unos puños tan fuertes como los que menos. Prometia mucho, provocaba mucho, chillaba mucho, pero en llegando el momento, Dios guarde á V. muchos años. Las mugeres sin embargo, se despepitaban por él.

Y es que las mugeres les sucede casi lo mismo que á los hombres: dadles buena corteza, y lo de adentro que se lo lleve el demonio.

La corteza del teniente de lanceros era inmejorable. Ponedlo en medio de las cien jóvenes de talento, y de seguro que cualquiera muchacha se dirige á él. Además que no era tan vulgar como nosotros nos empeñamos en decir, porque en los catorce años que llevaba de regimiento, sabia montar una guardia, lavarse los guantes de castor, tirar el sable y darle de palos á su asistente. Sobre todo, lo que hacia con suma gracia era retorcerse el bigote. ¿Qué muger habia de resistirsele? ¡Pobre Magdalena!

Magdalena venia á tener la misma edad del capitán. Ya conocemos sus cualidades físicas: dos palabras más y conoceremos las morales.

Era coqueta.

Su madre la criaba con el mayor esmero, y al verla tan bonita dijo para sí: «buena boda.» ¿Cuánto mas valia que hubiera dicho: buena hija, buena esposa y buena madre?... Pero no fué así. Cuando sobrecargada de adornos y de afeites la sacaba á paseo, en vez de ir la enseñando con el dedo aque-

llos jóvenes, que por modestos, ingeniosos, aplicados y dignos reconoce Madrid en todas ocasiones, íbala diciendo á media voz: «ve ahí al hijo del banquero Fulano; ese es el heredero del general Citano; por allí va el huérfano del capitalista Mengano.»

Herederos de grandes títulos, hijos de poderosos, huérfanos de millonarios, hé ahí toda la juventud que conocia Magdalena. Pero ni los capitalistas, ni los títulos, ni los poderosos hacian gran caso de la bella jóven. Quizá la hubiera aceptado por un momento; pero para toda la vida necesitaban ó querian ellos hijas de títulos, herederas de banqueros, huérfanas de millonarios.

La juventud de Magdalena se pasaba sin éxito, cuando un coronel fresco y sanote que apenas contaria 59 años, hizo postura á la mano de la niña. Tenia su paga corriente, un balazo en una pierna, y ciento veinte mil reales de renta propia. La boda se efectuó al momento. ¡Pobre coronel!

El teniente coronel Alvarez era el hombre mas bendito del mundo. Corazon en el pecho, corazon en la cabeza, corazon todo él, habia amado poco, pero mucho. Una copa de Ginebra, un chicote habano y su Lela, era todo lo que tenia en el mundo. ¿No le habia honrado la jóven al aceptarle por marido? ¿No era él indigno del amor de aquella hermosa muchacha? Pues entonces, ¿qué extraño es que la dejara divertirse y asistir á reuniones y visitar á sus amigas, y vestir como una duquesa, y que se la mimase como á una sultana? Ello sí, Magdalena ó Lela como él la llamaba, era acreedora á todas aquellas consideraciones. Si vestia, era por darle gusto á su marido; si tocaba el piano, era por agradar á su esposo; si frecuentaba tertulias y paseos, era por complacer á su coronel. El dia en que un hombre decia al teniente Alvarez «anoche ví á Magdalena en el teatro y estaba encantadora,» se bebia el coronel un frasco entero de Ginebra. En cambio, si algun buen amigo le hubiese dicho: «anoche dirigia Magdalena un lente á una luneta que no estaba ocupada por el coronel Alvarez,» el coronel hubiera traspasado de una estocada el pecho del amigo.

(Se continuará.)

## EFFECTOS RAROS.

Yo iba á caballo; montaba un corcel más ligero que el viento, cuya carrera no parecia tener fin.

Recuerdo que era una de esas tardes de estío en que la brisa se duerme en el follage, negándonos su frescura. El sol, que durante el dia habia lanzado sobre la tierra sus cárdenos rayos, se ocultaba lleno de magestad detrás de los picos de las montañas circunvecinas. Todo permanecia silencioso á mi alrededor, todo respiraba la inmovilidad de la muerte, á escepcion de mi corcel que me arrastraba sin que fuese posible detenerle.

De vez en cuando encontraba en mi camino al-

gun labrador que suspendía sus faenas para mirarme. Creo que al ver aquel desenfrenado potro que vertía torrentes de lava por sus dilatadas narices, aquella blanca espuma que cubría su freno, y mi desmelenada cabellera, sospechaba que yo era algún genio infernal. Después desaparecían de mi vista aquellos parages y divisaba otros nuevos, aunque la luz iba siendo escasa, y cada vez se hacían más perceptibles las chispas que brotaban del casco del bruto.

Yo me abandonaba en brazos de aquel vértigo; sentía en el rostro el azote del viento que levantaba la carrera, y con las espuelas ocultas en los ensangrentados hijares, descendía á profundos valles y trepaba á titánicas cumbres!

De pronto mi caballo lanzó un fuerte relincho, inclinó graciosamente la cabeza y se detuvo.

Entonces dirigí mis ojos hácia todos lados para inspeccionar el sitio en que me hallaba, y ví un inmenso campo poblado de erguidos cipreses y melancólicos sauces.

Después de examinar más detenidamente aquel parage, comprendí que era un cementerio, y aunque quise alejarme no pude realizarlo por hallarme bastante cansado y ser larga la distancia que me separaba de la ciudad.

No obstante, aquellos sitios me inspiraban temor, temor que se aumentaba á medida que llegaba la noche.

Esta no tardó en tender sobre mi sus negras alas.

A largos intervalos brillaba en el cielo la cárdena luz del relámpago, como preludio de la tempestad. Temía que ésta llegase; quería huir, pero al propio tiempo, una fuerza superior á mi voluntad me encadenaba á aquellos lugares impidiéndome dar un paso.

La oscuridad iba siendo cada vez más intensa. Yo sentía que me ahogaba al respirar ese aire insaludable y deletéreo que se aspira en los camposantos.

¡Tenía miedo!

Algunas emanaciones fosfóricas brotaban de la tierra, se buscaban en el aire y se confundían desapareciendo al instante. Eran los fuegos-fátuos.

Al contemplarlos sentía frío y temblaba, aunque la atmósfera estaba pesada y la tierra despedía el calor que había absorbido horas antes.

Entonces hice un esfuerzo para alejarme, pero me quedé petrificado de espanto.

A un tiempo se levantaron todas las losas que cubrían las tumbas, como si hubieran sido impulsadas por un mismo resorte.

Enseguida ví deslizarse á lo largo de las paredes las pálidas y descarnadas sombras de los muertos que, recatándose con sus sudarios, me dirigían miradas torbas y profundas, como amenazándome por haber hollado su tranquila mansión. Al través de los blancos lienzos se descubrían sus amarillentos huesos.

Más lejos se agitaba una pareja de horribles esqueletos, que abrían desmesuradamente la boca, como si cantasen.

Pero á mi no llegaban sus acentos, solo escuchaba el entrecocar de sus palmas que sacudían con violencia como siguiendo el compás de aquella canción inaudible.

De pronto, todos se acercaron á mi, me rodearon y comenzaron á girar con una rapidez vertiginosa.

Yo oía el castañetear de sus dientes y contemplaba con terror sus irónicas sonrisas.

El círculo se iba haciendo cada vez más estrecho y casi me tocaba con sus largos y descarnados dedos. Pugnaba por huir, pero era en vano; los muertos me impedían el paso.

Enseguida, una que todavía conservaba algunos asquerosos harapos de carne y cubierto de roedores gusanos que bullían entre sus repugnantes úlceras, se adelantó, y ya estendía sus brazos para asirme, cuando... escuché la conocida voz de mi criada, que me decía:

—Señorito, ya son las nueve. ¿Quiere V. que le traiga el chocolate?

TOMAS ASENSI.

## POR UNA BOTA.

(ESPECIE DE NOVELA.)

### CAPÍTULO II.

*Una historia.*

(Continuacion.)

—Cuando quieras, la dije; eso constituiría en mi la suprema felicidad.

—Entonces, mañana mismo, pides mi mano á papá.

—Pues bien, así lo haré, contesté después de una breve meditacion.

Al siguiente día, me levanté de no dormir á las seis de la mañana; á las doce había anunciado á don Pedro que quería hablarle de un asunto importante.

—«Á las doce en punto, le espero á V. en casa,» me había contestado con una sonrisa maliciosa; sin duda estaba en autos.

A las siete había concluido mi *toilette*; pues sabiendo la exactitud de mi futuro papá, no quería hacerle esperar.

Solo me faltaban las botas, unas preciosas mallorquinas que mi zapatero me había prometido para las ocho.

Encendí un cigarro y me puse á esperar con calma al zapatero.

Dieron las ocho y el maestro no había venido; á las ocho y cinco minutos entraba yo en la tienda.

—Mis botas! exclamé!

—Las están concluyendo, señorito; antes de media hora las traerán; estos días no ha podido trabajar el oficial que las tenía, por...

—Bueno, esperaré; dije interrumpiéndole, porque mi zapatero había sido barbero, y con su charla, procuraba recordarlo á cada momento.

A las ocho y media no habia venido el oficial; hice que me indicaran su casa, marché á ella, y... horror!

Estaba en la cama durmiendo una borrachera de la vispera.

Era martes.

Yo soy algo supersticioso y además tengo... un par de piés, que sin exagerar, apostaría que no los hay en toda la Patagonia; el país de los hombres grandes, segun dicen.

Son mis únicos defectos; pero el segundo sobre todo, no tiene remedio.

Desperté aquel verdugo de nuevo género y le enseñé mis botas, que en un rincon estaban á medio hacer.

—¿Cuánto tiempo tardará V. en concluir las? díjeme mostrándoselas.

—Hoy mismo estarán, señor.

—A qué hora?

—Para la noche.

—Las necesito para las once, exclamé lanzando un voto.

—Imposible.

—Te daré dos onzas.

—Al oír aquella oferta, en vez del bastonazo que amagué, el oficial recapacitó.

—Mire V., me dijo; para las once y media estarán, pero antes no puede ser, aunque me llenara usted de oro el cuarto; y para eso tendrá que venir otro á ayudarme.

—¿Palabra de honor?

—¡Como soy zapatero!

—Eso no vale.

—Pues, palabra de honor.

Sali á la calle un poco cansado y un mucho preocupado.

¿Por qué?

Quizá un presentimiento.

Era martes y las botas hacia un mes que las estaban haciendo y no habian podido concluir las antes.

Volví á casa, revolví todos los zapatos; ninguno estaba en buen uso para un acto tan grave. Los que habia llevado la noche anterior se habian roto en un encontron, que al llegar á casa tuve con un gallego.

Por aquello de «hombre prevenido vale por dos,» salí de casa, tomé un coche, y empecé á recorrer todas las zapaterías.

En ninguna encontraba lo que buscaba. En una, al fin, veo colgada una bota grande que estaba como de muestra. Entro.

—Botas como esa? digo, señalando la muestra.

El zapatero miró asombrado; luego bajó la vista y al ver mis piés, dijo:

—Cuánto lo siento, caballero; pero no hemos hecho más que unas para llamar la atención. ¿Cómo habíamos de suponer que habia pié para tal bota!

Sali escapado, y... Eran las doce menos cuarto cuando llegué á casa.

—El zapatero...? pregunté.

—No ha venido.

Volví á salir; cuando llegué á la puerta, subía el oficial con ellas.

Se las arrebaté de las manos; me siento; entra la derecha perfectamente, voy á la izquierda, y... caí por todo lo bajo, con los tirantes en la mano.

Era estrecha.

A las doce conseguí entrarla sufriendo los tormentos del *borceguite*.

Cuando llegué á casa de mi suegro, daban las doce y media en el reloj de la Puerta del Sol.

Subo cojeando, llamo:

—Tenga usted esto, que ha dejado para usted mi amo; me dice la doncella dándome una carta.

—Pero... está en casa?

—Ha salido hace un momento con la señorita.

Abro la carta temblando, y leo:

«Caballero; un hombre que como usted, falta á una cita tan importante como la de hoy, pues María me ha enterado de su objeto, demuestra no tener palabra ni educacion.

Las dos cosas son indispensables para casarse con mi hija y como usted no puede llegar á conseguir las, pues eso se aprende desde la cuna, renuncie usted para siempre á la mano de ella. B. L. S.

*Pedro de Quiñones.*»

Me dejó frio, mudo, atontado, la lectura de tal carta.

Volví al siguiente dia, pero nada.

Supe por la doncella que María habia intercedido por mí con su papá; que habian reñido, y que ésta, por último, habia salido de casa con el pretexto de una amiga y que no habia vuelto.

Al dia siguiente se dijo por Madrid, que una señorita muy linda llamada María-Luisa, hija de un ex-capitan de buque, habia huido de la casa paterna.

Los periódicos llenaron algunas gacetillas.

Llegaron hasta suponer que habia huido con su novio.

Yo caí enfermo; tuve una gran fiebre.

Convaleciente aún, recibí otra carta del padre, rogándome le dijera el paradero de su hija.

Le contesté, reconviniéndole duramente y hubiéramos llegado á las manos, si él no hubiera tenido que salir fuera.

Asi pasaron. . . . .»

Aquí concluian las memorias de la cartera.

Pobre chico, pensé; por una bota demasiado mala pues le fué estrecha, perdió un porvenir risueño y agradable, y yo ahora, por otra bota, demasiado linda quizá, me veo espuesto á perder la vida.

Las botas. Ah! Desde unas botitas imperiales, que vemos en los dias de lluvia, hasta una bota de vino, cuánto daño causan en la vida.

J. FERNANDEZ BRIZUELA.

(Se continuará).

## Plumadas.

Suplicamos á nuestros abonados de fuera, que se sirvan puntualizar el pago del 2.º trimestre de suscripción, que empezó en el número 13, si no quieren sufrir retrasos en el percibo del periódico.

**Un soldado andaluz había matado de un bayonetazo á un perro que trató de morderle.** Citado ante la autoridad por el dueño del perro, preguntó el juez:—¿Por qué has dado al perro con la punta de la bayoneta en vez de hacerlo con la culata?—Zeñó, como er perro trató é morderme con la boca, y no con el rabo, puez por ezo.

**Señora Pepa, dice mi madre que me haga V. el favor de prestarme un cedacito claro.**—Di á tu madre que no me dá la gana; que si lo quiere mas claro.

**Cierto patán decía que no tenía confianza ninguna en la vacuna.**—¿De qué sirve eso? añadió. Yo conocía á un niño hermoso y robusto y que ha muerto á los dos días de vacunado.—¿Cómo á los dos días!—Sí, se cayó desde lo alto de un árbol, y se mató; despues de esto, vaya V. á creer en la vacuna.

**La muger de un avaro se encontraba de parto.**—El médico despues de observar á la paciente, llamó aparte al marido.—El parto se presenta mal, le dijo. Será preciso hacer la operación...—Mire V., dijo el avaro, yo creo que enseñándole al niño una moneda de cinco duros, saldrá al momento.

**Un estudiante que estaba en un pueblo,** recibió una carta de otro que habitaba en un caserío distante legua y media de él.—Eran las cuatro de la mañana y hubo de encender una luz para leerla. Decía lo siguiente: «Amigo mio: Te mando á mi criado con el objeto de que le permitas buscar mi petaca que, segun presumo, me la dejé anoche olvidada en tu gabinete.» Posdata: Abro la carta para decirte que acabo de encontrar en un bolsillo de mi gaban la petaca que te pido y que por consecuencia puedes decir al dador que se vuelva sin buscarla.»

**Un inglés que estaba almorzando en una fonda de Gibraltar,** preguntó como sé llamaba uno de los platos que le servian.—Chuletas, contestó el camarero.—¡Ajá... já! exclamó el inglés sacando una cartera; y escribió murmurando en voz baja chu... le... tas...—Poco tiempo despues se sintió malo: y llamó al médico y como éste le preguntara qué era lo que tenía, le contestó el inglés llevándose las manos al costado y apretando los dientes.—Oh señor! mi tener un dolor de chuletas, que no me deja tomar viento!

## CHARADA.

Por un *prima* y *segunda* muy pequeño de una linda muger,

un *tres cuarta* vertí de sangre y lágrimas y al final me encontré,  
en un confuso *prima dos tres cuatro*  
que no sé salir de él.

(La solución en el próximo número.)

## FUGA DE VOCALES Y CONSONANTES.

.mp.r.=.d.l.tr.d.  
A..a.o=.e..o.a  
.mp.r.=.n=d.sv.l.d.  
.ue=a..a.o=i...o.a  
n.=d.s.mp.r.s  
a.=.ue=á=A..a.o=.e=.e.a  
p.r.=.mp.r.rs.

.NT.N..=A.I.O=G.RC..

(La solución en el próximo número.)

## SALTO DE CABALLO.

EMPIEZA EN LA CASILLA N.º 1 Y TERMINA EN LA 32.

tre-	su	vino;	re-		
llan-	sér	gò el	Con (1)	de	y
pos-	dero	ro	con	des-	la
otro	to pri-	la	sen-	el	una
que	piro	dre,	zò su	éste,	(52) tino.
tra-	mero	sus-	ma-		

(La solución en el próximo número.)

## Soluciones al número anterior.

CHARADA.—CLARITA.  
ACERTIJO.—RAIMUNDO.

## FUGA DE CONSONANTES.

Te pintaré en un cantar  
la rueda de la existencia;  
pecar, hacer penitencia,  
y luego vuelta á empezar.

RAMON DE CAMPOAMOR.

Las remitieron la Srita. Doña Carmen Bellido, y los Sres. D. Mariano Gutierrez Bayon, D. Juan Perez, D. Augusto F. Caso y D. Primitivo Jugo.

VALLADOLID: 1874.

Imp. Lib. y Estereo-galvanoplastia  
DE GAVIRIA Y ZAPATERO.  
ANGUSTIAS, 1.